

CONCURSO LITERARIO

2009

TRABAJOS GANADORES



CONCURSO
LITERARIO

2009

TRABAJOS GANADORES



Primer premio:

Dr. Pablo Javier Lespi

Anátomo Patólogo.

Bahía Blanca; Pcia. de Buenos Aires.

Seudónimo: Gregorio Sun

“El camino de Eva”

*Adán vivió novecientos treinta años;
Set, hijo de Adán, novecientos doce;
Enós, hijo de Set, novecientos cinco...*

Yo soy un científico. He vivido mucho, más de lo que hubiera deseado. Temo que mi salud o mi memoria se debiliten y me impidan develar con claridad los detalles de una sorprendente investigación en la que alguna vez fui parte. Ha llegado el momento de contar mi verdad antes de que sea desacreditado por quienes argumentan que me he vuelto además de viejo, senil.

Todo comenzó durante la cursada de mi segundo año de medicina en la universidad de Baylor. Una tarde, al salir de clase, por error o por fortuna escuché la palabra “apoptosis”. Pensé que se trataba de alguna forma de hipnotismo o de locura, me sonaba a “psicosis”. Acaso lo era, porque me fascinó rápidamente.

Años después, al terminar los estudios, decidí especializarme en investigación básica. Me sugirieron que hablara con el doctor Segura, un biólogo prestigioso aunque poco sociable. Me dirigí hasta su laboratorio —sitio por demás intrigante al cual pocos tenían acceso— ubicado en el último piso de la facultad.

Después de subir interminables escaleras y de atravesar varias puertas, di con aquel sujeto de ojos azules quizá mayor que mi padre. Me atendió en la puerta. Supe de inmediato que el anciano era el doctor Segura: llevaba bordado el apellido en la chaqueta. Durante la breve introducción —yo permanecí afuera, no me hizo pasar— expliqué que cursaría el doctorado y que necesitaba un tutor. Aunque me miró con desconfianza y preguntó con insistencia si venía yo recomendado por alguien —creo que también nombró a un tal Richmon—, no dudé en hablarle del tema de mi tesis. Tal vez escuchó mal, porque sin dudar lo repetió:

—A-pop-to-sis —como si yo hubiera deshonorado el término. Miró el reloj y me pidió, con justa cortesía, que regresara al día siguiente—.

Volví por la mañana. Golpeé pero nadie atendió, entonces entré. El lugar era pequeño, o así lo percibieron mis ojos a causa del desorden. Vi una mesada oscura cubierta de frascos que ocupaba el centro del ambiente; a los lados, altas paredes revestidas por azulejos blancos le daban al sitio un aspecto de baño público. Mecheros encendidos, libros y revistas decoraban el resto de la escena. Más allá, sobre el vidrio esmerilado de una puerta, leí: DESPACHO. El doctor Segura estaría trabajando allí y no se percató



de mi llegada. Me acerqué a una de las bibliotecas y no tardé en descubrir un raro volumen. Se trataba de La Biblia, una Biblia manuscrita. Recuerdo mi sorpresa, no sólo por la antigüedad que ostentaba tal reliquia, sino porque tenía el prejuicio de que la religión y la ciencia eran incompatibles.

—Es una buena copia —dijo el doctor Segura brotando de la nada—, del siglo V.

Rodeó su escritorio, tomó un papel y quiso oír mi nombre. Entre tanto lo escribía preguntó:

—¿Sabe qué es la apoptosis?

—Es una forma de muerte celular. Ocurre en todos los seres vivos, quizás a causa del envejecimiento.

—Hace años que estudio ese fenómeno y no he llegado a resultados dignos, por lo menos es lo que dice la comunidad científica. ¿No le parece un tema demasiado complicado para una tesis? Le sugiero que se busque otro. No querrá perder su tiempo...

—¡No! No creo que sea una pérdida de tiempo. Tengo ciertas ideas originales que me gustaría desarrollar. Si quiere, puedo hablarle de...

—Así que tiene “ideas originales”. Lo felicito. Pero... ¿serán originales? ¿Cómo sabe eso? El doctor Hunter creyó lo mismo. ¿Sabe de quién hablo?

Muy sonriente, cortó un trozo de papel, formó con los dedos una pequeña esfera y la apoyó sobre el escritorio. Yo nunca había oído hablar de nadie apellidado Hunter.

—El doctor John Hunter, jovencito, fue un célebre cirujano escocés del siglo XVIII. Decidido a estudiar los síntomas de la gonorrea, convencido de estar realizando un estudio “original”, se inoculó pus de un enfermo en su propio pene. Así fue que describió en un diario cada uno de los cambios que iban apareciendo. Nunca se enteró de que, además de gonorrea, en el mismo acto se había contagiado sífilis. Sus descripciones serían una crónica de esa devastadora enfermedad que terminaría con su vida —dicho esto, el doctor Segura golpeó con el índice la bolita, que a gran velocidad viajó hacia la derecha, pasó sobre unos libros, rebotó en un florero y terminó perdiéndose a mis espaldas.

Quedé atónito. Su conducta me descolocó. Nunca había visto a un hombre de su edad comportarse así.

—Ideas originales, por favor... —dijo despectivo preparando otra bolita—. La historia está llena de ellas. Recuerdo a ese otro genio: el doctor Fülmann. Creía que el yogur prolongaba la vida. ¡Qué iluso! Para demostrarlo, se inyectó una generosa dosis en el antebrazo. A los pocos minutos falleció a causa de embolismo pulmonar —otra vez su índice disparó una bolita, pero en esta oportunidad el proyectil dio contra mi pecho—. Dos a cero —anunció. Luego alzó la vista y me observó con arrogancia.

Meforcé para no sonrojarme, para no hacer comentarios; tampoco me ofendí: sólo me mantuve atento a sus extrañas reacciones. No quería que una de esas bolitas me sacara un ojo.

—La mente de un científico —agregó levantando la voz— no es como la de cualquier mortal, es mucho peor: está plagada de pensamientos desafortunados. Es guiada por una lógica errónea que solo él cree única y trascendental. El hombre de ciencia contempla su propia idea con admiración. Se babea al exponerla ante sus colegas, la percibe maravillosa y potencialmente sublime. Cree que es la idea más importante de todos los tiempos. Entonces, cuando se cansa de admirarla (y de admirarse, mejor dicho) recurre a los experimentos en busca de pruebas, pruebas que harán que el mundo ahora lo admire a él. Muchas veces, y esto es una paradoja, las únicas evidencias que consigue terminan por demostrar lo que



verdaderamente es: un charlatán o un psicópata.

Traté de imaginar a cuál de las categorías pertenecería el doctor Segura. Ahora, después de tantos años, no me atrevería a decidirme por una —tampoco sé a cuál pertenezco yo—, pero en ese instante hubiera jurado que aquel hombre estaba loco.

—Esta facultad está llena de gente extraña —aseveró—. Uno debe cuidarse de todos. De todos, y en particular de uno: hablo de Peter Richmon.

Yo ignoré en principio de quién se trataba. Pero poco a poco, por la descripción que me hizo, fui deduciendo que Richmon era aquel sujeto alto, siempre con el sombrero ladeado, que recorría los pasillos de la facultad balanceándose a causa de una lesión que arrastraba desde la Primera Guerra. El doctor Segura dijo que ese personaje le había robado ciertas ideas que le valieron una postulación para el Nobel. Al rato —yo estaba aburrido de escucharlo— Segura se levantó con aire ceremonioso y tomó La Biblia. Colocó sobre ella otros dos libros, desencajó algunas fotocopias de una pila de papeles.

—En este material encontrará datos que pueden ayudarle a comprender algo de lo que hemos hablado. Lo espero la semana entrante.

Cargué todo en mi portafolio y salí.

En las escaleras, en la calle y camino a casa, tuve la extraña certeza de haber escogido al hombre equivocado. El doctor Segura no honraba su apellido: parecía cuestionar hasta su propia existencia. Yo siempre había recibido dogmas de parte de mis maestros, verdades irrefutables —extrañas verdades— que aceptaba sin discutir. Pero pensé que aquel hombre no estaba en sus cabales.

Intensa y trabajosa lectura la de aquellos días; por momentos, también desalentadora. El material que me había entregado Segura era contradictorio: parecía expresamente seleccionado para confundirme. Nunca había leído La Biblia ni soy creyente, pero debo reconocer que la concepción creacionista me resultó cómoda desde los primeros párrafos. Encontré similitudes entre la irreverencia de Eva y la de los científicos. “La mujer vio que el árbol era bueno para comer, que era atractivo a la vista y que era árbol codiciable para alcanzar sabiduría...” (Génesis 3:6). Entendí que Eva, al pretender el conocimiento, había tratado de rivalizar con Dios.

Casi al terminar la semana organicé los objetivos para la introducción de mi tesis y regresé al laboratorio. El doctor Segura señaló ciertos detalles administrativos. Completamos varios formularios, y después me instó a que desarrollara mis ideas sobre una pizarra. Al borde del escritorio me esperaba una artillería de bolitas. No sé si fueron cinco o seis las que él disparó antes de cortar abruptamente mi acaso impreciso discurso.

—Voy a guiarlo en su tesis —dijo—, delo por hecho. A cambio, le demandaré parte de su tiempo. Debo concluir mis experimentos y necesito un asistente.

Me sentí honrado aunque rápidamente desconfié: ¿para qué querría un asistente inexperto? De todas formas, acepté y me puse a trabajar.

Durante las mañanas concurría a la biblioteca y recopilaba escritos, y por las tardes ayudaba al doctor Segura. Unos dos meses me ocupé de esas tareas lo mejor que pude, y no parecía avanzar en ninguna.

Un día, yo estaría redactando algún informe, él se acercó con una pequeña red y dijo:

—Por la tarde saldremos a cazar mariposas.

Quedé desconcertado.



—No tema —agregó—, no me he vuelto loco: es parte de la investigación.

Fuimos hasta el Botánico. Recuerdo los movimientos vacilantes del anciano. Sin mi ayuda, entiendo que le hubiera sido imposible atrapar a esos escurridizos insectos. Cazamos sesenta y seis mariposas, que íbamos introduciendo en una caja transparente. Regresamos al atardecer. Luego nos despedimos. Yo no hice preguntas —hubiera hecho demasiadas—, supe que no tardaría en entender el motivo de la excursión. Como las mariposas expiran a los tres días, si debían hacerse pruebas, se harían pronto.

Regresé temprano. El doctor había trabajado toda la noche, pero se lo veía muy activo.

—Apresúrese —dijo observando a contraluz un tubo de vidrio—, tenemos poco tiempo. Debemos tomar cada mariposa y administrarles una gota de esta sustancia.

Así lo hicimos. Realizamos el trabajo en dos horas. Después nos mantuvimos atentos a los posibles cambios. Veintidós mariposas dejaron de moverse a los pocos minutos: deduje que estaban muertas. Dos de ellas tuvieron un período de excitación muy particular, en el que realizaron desplazamientos simétricos, como si intentaran dibujar en el aire una doble hélice. Las cuarenta y cuatro restantes siguieron aleteando por más de una hora, pero al final también cayeron. Yo pensé que todo había sido un fracaso.

—Fantástico —dijo el doctor Segura—, tal como lo preví.

—¿Fantástico? —repliqué—. ¿Se trata de un veneno?

Él, imperturbable, contemplaba los cuerpos inmóviles que cubrían el piso de la caja y no anticipaba nada.

Pasaron los minutos. Segura examinaba sus escritos, hacía cálculos, consultaba el reloj; y otra vez se concentraba en las mariposas como si esperara que aparecieran ciertos cambios.

—Vamos, pequeñas, vamos... —dijo entre dientes. A la media hora, una mariposa marrón, la de manchas rojas, movió un ala. Después comenzó con una tímida vibración, y al rato se puso de pie y aleteó hasta que al fin levantó vuelo. El mismo proceso se repitió con otras. El rostro del doctor Segura fue estirándose en una amplia sonrisa. Tan intenso y desordenado era el presente, que no me permitía razonar. Supuse que esa sustancia sería un anestésico o un sedante. Sólo siete mariposas revivieron. Aun así, el doctor aseguraba que todo había sido un éxito.

—La humanidad nunca olvidará este día —dijo.

Cargamos los datos en una planilla. Segura me advirtió que no dijera una palabra de lo que había visto. Esa previsión me hizo titubear: él no parecía saber cuáles serían los resultados de su investigación, pero, por si acaso, me recomendaba guardar silencio.

—Si ese canalla se entera, estamos listos —enfaticó.

Una tarde, regresando de la biblioteca, al pie de las escaleras del segundo nivel me crucé con Peter Richmon. Al notar mi presencia se detuvo. Entendí que no era casual que él estuviese allí: un hombre cojo y de su edad debía haber hecho un gran esfuerzo para llegar hasta ese piso.

Agitado, pero con buena voz, preguntó:

—¿Es usted el asistente de mi querido amigo Segura?

Respondí afirmativamente, pero no me detuve; por el contrario, apuré el paso y continué ascendiendo.

—Mándele mis saludos —gritó—, no se olvide. Dígale, además, que iré a verlo cuando me invite.



Al entrar al laboratorio, le comenté al doctor aquella charla. Muy exaltado, primero dudó de mis palabras y cambió de tema. Fue al rato que comenzó a insultar a Richmon.

—¡A ese hijo del demonio sólo lo invitaría para matarlo!

Al cabo de una semana, las siete mariposas continuaban intactas. Cada revoloteo dentro de la caja enloquecía al doctor, quien corría a verificar si continuaban vivas y sanas. Todas las mañanas, él traía capullos y hojas frescas dentro de su abrigo: lucía tan sonriente —al recordarlo es como si lo estuviese viendo.

—¿Cuánto tiempo vivirán? —pregunté mientras él las alimentaba.

—Si mis deducciones son correctas, in perpetuum.

—Para confirmar eso —pensé en voz alta— habría que ser eterno. De lo contrario estaríamos ante una simple especulación, una hipótesis difícil de comprobar.

Él asintió y, después de un rato, argumentó que las mariposas ya habían duplicado el promedio de sus vidas y que seguirían haciéndolo. Después señaló un tubo que contenía restos de la sustancia.

—La Aptina —sentenció— es capaz de interrumpir el envejecimiento y de retrasar la muerte.

Quedé perplejo. Aunque en ese momento yo desconocía los alcances del descubrimiento, presentí promisorias consecuencias. Él se puso a escribir con apuro unas notas, y yo me detuve a observar las mariposas. No sé por qué, pero deseé que les ocurriera lo peor.

—¿Para qué querríamos mariposas eternas? —dije.

—No es algo que debemos responder nosotros —contestó con arrogancia—. Recuerde, jovencito, que somos tan sólo científicos.

Luego, visiblemente contrariado, se dirigió hacia su despacho. En ese instante descubrí la codicia en él, y entendí que transitaba por el camino de Eva.

Durante los siguientes ocho meses, mi tesis fue tomando forma, bien digo: únicamente forma. En verdad, los argumentos de mi trabajo lucían sólidos, decentes, pero conceptualmente eran erróneos. Comencé a entender que mi tutor había acertado al referirse a la apoptosis como un tema complicado. Mis esfuerzos habían sido muchos, pero inútiles. Sumado a eso, el doctor Segura me prestaba muy poca atención: se había dedicado por completo a purificar suficiente Aptina para continuar con la segunda fase de la investigación, ahora en animales vertebrados.

Después de varios desencuentros, quedamos por fin en reunirnos una tarde para ajustar los últimos detalles. Me recibió en su despacho. Vi sobre el escritorio la caja con mariposas: lucían tan vitales como el primer día. Le presenté mis escritos. Mientras los corregía lo noté disperso, más de lo usual. Traté de dialogar, pero fue inútil: mis palabras no llegaban hasta el impreciso punto en que se hallaba su mente. Él revisaba mis notas (leía siempre la misma hoja) y yo aguardaba en silencio. Al rato me ofreció un café. Entendí que lo hizo para complacerme, ya que nunca había tomado café con él. Me sorprendió la invitación pero acepté. Terminaba de beberlo cuando me dijo que necesitaba un voluntario.

—¿Un voluntario?

—Sí. Alguien al que pueda administrarle la sustancia sin demasiadas explicaciones: una persona como usted. Esto debe permanecer por ahora en secreto, no quiero que se filtren datos. Ya llegará el momento de...



Mis ojos se concentraron en la pequeña taza de loza que sostenía mi mano. Al ver la borra imaginé lo que hasta ahora era para mí inimaginable: el doctor podía haberme engañado. Revisé el sabor de mi boca y descubrí un regusto metálico que me angustió aún más. Había caído en una trampa. Mientras trataba de serenar mi espíritu pensé en Dios. Repito que no soy creyente, pero lo hice: pensé en Dios y luego vociferé hasta desvanecerme.

—¿Se siente bien? —oí que repetía el doctor con voz lejana.

—No sé —dije.

Yo seguía obnubilado, pero no estaba seguro de que se tratara de un fármaco: mi confusión parecía emocional. Él me observó como antes había observado a las mariposas. Esperaría quizás algún cambio en mí. Al rato, sus palabras se volvieron imperativas:

—No voy a dejarlo ir. Debe quedarse aquí a pasar la noche.

Simplemente callé y me tomé la cabeza. Él sugirió que descansara. Yo, haciendo poco caso a sus pedidos, me adueñé de mis escritos y salí del despacho con la firme idea de no regresar.

Y así fue que pasaron los más extraños días de mi vida, días en que no salía de casa. Mis pensamientos cambiaban permanentemente de rumbo. Mi corazón, en cambio, sabía que la proposición del doctor Segura era descabellada.

Una semana después recibí un llamado. Él se disculpó por lo sucedido y me preguntó por mi salud. Dijo que no era su intención presionarme, pero necesitaba una respuesta. Le dije que en cualquier momento pasaría a anunciarle mi decisión y colgué. En realidad mi decisión ya estaba tomada: rechazaría la oferta. Aún no encontraba la manera de expresarla, pero pronto lo haría.

Nunca sonó con tanta insistencia el teléfono como en esa semana. A principios de la otra, extrañamente, dejó de hacerlo.

Fue en especial una tarde, la segunda después de que cesaron los llamados, cuando tuve una premonición: imaginé que, al no contar con un voluntario, el doctor Segura podía administrarse la Aptina poniendo en riesgo su vida.

Regresé al laboratorio. Lo hallé muy ordenado, sospechosamente pulcro y vacío. Quizá por curiosidad, empujé la puerta del oscuro despacho del doctor y entré. Sobre el escritorio había dos tazas de café vacías. Una sombra llamó mi atención. Encendí la luz. Detrás de una silla, tendido en el suelo, inmóvil y con los ojos muy abiertos, se encontraba un hombre. Quedé atónito, horrorizado, ese hombre era Richmon. Tenía el rostro pálido, los labios morados y el tórax quieto. Nada parecía funcionar en él. Examiné su pulso, y comencé con las maniobras de resucitación. Todo era inútil. Tomé el teléfono. Mientras discaba, vi un frasco de Aptina. Eso me inmovilizó. Sin dudas Richmon había ingerido la sustancia. Pero... ¿por qué? No pude articular una sola palabra. La operadora gritaba del otro lado de la línea. Quedé paralizado unos segundos hasta que colgué sin decir nada. Hallé un trozo de papel cerca del escritorio:

“Richmon:

Ha llegado el momento de dejar de lado nuestras diferencias. Usted es un ser ambicioso e inteligente, todo un científico, y creo que no rechazará cierta proposición. El arte es largo; la vida, breve. Lo espero esta tarde en mi laboratorio.

Segura”.



El cuerpo tibio aún y las extremidades flácidas me llevaron a calcular que el deceso se habría producido durante la última hora. No quise moverlo. Lo cubrí con un abrigo. Clínicamente estaba muerto, pero yo no me convencía. Pensé que podía continuar con vida aunque en estado de trance, como sucede en ese extraño fenómeno desacreditado por algunos que es la catalepsia. Yo había visto regresar de la muerte a siete mariposas. Sabía que era posible, aunque poco probable.

—Richmon —le dije al oído—, ¿me escucha?

Nada en él respondió. Con desesperación busqué las notas de Segura. Revisé las dosis, los efectos no deseados y los efectos colaterales.

—¿Qué hizo, doctor, qué hizo? —dije mientras alumbraba las pupilas no reactivas del muerto.

De pronto me pareció ver un movimiento irregular de los brazos, algo parecido a vibraciones de los músculos, temblores similares a los que se producen antes de conciliar el sueño profundo. Comencé a masajear el pecho de Richmon. Los movimientos se volvieron más violentos y se extendieron hacia sus piernas en intensas convulsiones. Cuando pensé que se iba a mover, que estaba a punto de reaccionar, toda actividad en su organismo cesó. Ahora Richmon lucía más muerto que antes, con la boca abierta y la lengua afuera. Tomé el frasco con Aptina. En un gesto desesperado le sostuve la cabeza por la nuca y traté de que bebiera, pero el líquido entraba e inmediatamente se escurría por las comisuras. También probé de inyectar la sustancia: se formaron nódulos debajo de la piel. No se disolvían. Richmon carecía de circulación sanguínea; ergo, su corazón ya no funcionaba: esto era incuestionable.

Apilé rápidamente todos los escritos, cada nota de la investigación, y los preparé para llevarlos conmigo. Revisé la heladera y volqué el contenido de los frascos en el inodoro. Guardé los papeles y los recipientes en un portafolio. Mas tarde, al llegar a casa los eliminé: no quería dejar ninguna huella. Antes de salir del laboratorio di el último vistazo y tomé la caja con mariposas.

Al doctor Segura lo arrestaron al otro día. Dicen que cantaba y reía completamente desnudo por el Jardín Botánico. Lo aislaron primero en un centro para enfermos mentales. Años más tarde, lo depositaron en un asilo.

Una vez fui a verlo: no me reconoció. Los médicos dijeron que hablaba todo el tiempo de cierto experimento con mariposas. Falleció poco después; nunca supe de qué.

Mi tesis estuvo terminada para finales de ese año, y no exagero si digo que fue un éxito.

Aún hoy recuerdo las palabras del doctor Segura, era un hombre brillante. En ningún momento lamenté haber destruido todos esos documentos que fundamentaban su obra.

Sólo quedan estas siete mariposas, las que he cuidado durante los últimos ciento cincuenta años, quizá con la esperanza de verlas morir un día. Mariposas eternas que liberaré al finalizar mis líneas. Mariposas imposibles que al esfumarse dejarán atrás esta historia, una historia que permanecerá por siempre ligada a la dudosa veracidad de mis palabras.

Dr. Pablo Javier Lespi



Segundo premio:

Dra. Paola Patricia Lombardi

Medicina General.

Mendoza; Pcia. de Mendoza.

Seudónimo: Josefina Solans

“Tribulación”

No recuerdo bien si era de día o de noche, si hacía frío o estaba templado, tampoco recuerdo en qué año de la residencia estaba. Estaba de guardia y eso era todo lo que tenía en mente cuando pasó lo que voy a relatar. Estaba de guardia, guardia general por la que teníamos muchos pacientes durante todo el día y la noche, una más de tantas y como siempre estaba cansada, ya había fumado mil cigarrillos y había tomado mil mates horribles, pero creo que eso era lo que me mantenía en pie..... Los tiempos que corren habían confundido a la hechicera en un enjambre de futilidades, ya no encontraba la adecuación al fin que perseguía; hastío, tedio y fastidio eran las fuerzas que regían su coyuntura de iniciación a sus artes. La confusión era prácticamente constante. La oscuridad y sus moradores no tenían final. Se miró las manos, ya no notaba tan reluciente esa claridad, como la que irradian los cuerpos en combustión y que le era tan característico. Se las cubrió con las mangas recamadas del manto verde oscuro, como ocultándolas. El límite con el hueco estaba desdibujado, pero igual lo sentía cerca. El maestro perdido, la hechicera en soledad...

Y entre tantos pacientes que vi, llegó aquella mujer acompañada de sus hijos, que más que acompañarla la traían a la rastra. La mujer tenía aspecto consumido, una palidez intensa que nunca había visto y una marcada expresión dolorosa en el rostro. No tendría más de 50 años, pero su enfermedad lograba ocultarlo. Al hablar con ella supe el diagnóstico y sin querer, el pronóstico ominoso. Estaba con una intensa metrorragia de varios días de evolución por un cáncer ginecológico avanzado. No podía hablar sin agitarse, ya no le quedaba aliento. Pedí un hematocrito de urgencia y me dirigí a hablar con los hijos, con la horrible novedad que ellos no sabían la magnitud de la enfermedad. Yo tampoco sabía que ellos no lo sabían.

... Las tribulaciones de la hechicera fueron interrumpidas al llegar a su encuentro un ánima in extremis, que hizo mella en su conciencia. Harapos y despojos quedaban de ella, era aquello que se ha perdido por el tiempo, un ocaso, un devenir de término. La determinación de su voluntad tenía un orden a un fin determinado: darle alivio y evitar el maltrato de los seres oscuros, y todas aquellas criaturas del mal y la confusión que entorpecieran el camino allanado para llegar a su último destino. El último viaje y luego el descanso, o lo que le deparara después de aquel legendario portal...

Mi criterio en ese momento era internar a la paciente en el servicio de ginecología y obstetricia, pero por decisión de la enfermera de guardia de ese servicio, no fue recibida. Pero no solo la situación no fue discutida conmigo, sino que sin autorización de nadie y para mi sorpresa se la internó en el servicio



de clínica médica. Era un tiempo cuando para algunas situaciones tenía infinitas responsabilidades, pero para otras no tenía el más mínimo voto.

... Un gran abismo oscuro y tenebroso separaba la sombra de la hechicera de lo que le esperaba conjurar. Preparó todo minuciosamente como era su gracia, repasó en su mente los pasos a seguir, no dejaría nada librado al azar. El tótem y los grabados estaban prontos, las sustancias resinosas que ardían emitieron su aroma dulzón, dejando como el aviso que se da de algo pasado. Sin demorar la hechicera puso en conocimiento al chamán que llegaría de un momento a otro, para guiarla en su quehacer...

Al tener el hematocrito en mis manos vi la necesidad imperiosa de realizar una transfusión de sangre. Realicé todos los trámites pertinentes, hablé nuevamente con los hijos, estudiamos posibilidades paliativas con el ginecólogo y cirujano de guardia para frenar la hemorragia, estuve al lado de la paciente durante la colocación del catéter para la transfusión, hice las indicaciones médicas y fui a controlarla incontables cantidades de veces antes de ir a descansar. Y de pronto, me di cuenta lo que estaba haciendo. La paciente no iba a morir en mi guardia, no quería, no en esas condiciones, necesitaba darle más tiempo, pensé que tendría cuentas pendientes, palabras que decir, gente que ver, cosas que hacer. Un final de vida someramente digno.

... En el rocambolesco trajín transcurrieron los siguientes momentos que mantuvieron en vilo a la hechicera. Algo estaba por suceder, era inminente aunque poco fácil de ceñir. El silencio se profundizó. A estas alturas la oscuridad estaba en su cenit, todo fue dando paso a las sombras. La soledad se profundizó. Hubo una suspensión transitoria del juicio para dar espacio y tiempo a fin de que la hechicera pusiera en orden sus ideas, pero el no conseguir su objetivo hacía que se desmoronara el conjuro. Sintió una estrechez del lugar o quizás del tiempo...

Temprano a la mañana concluía mi guardia y empezaba mi trabajo en la zona de internación. Dadas las características de la residencia de medicina de familia, en donde se realizan rotaciones por distintos servicios de las clínicas básicas, casualmente me encontraba rotando por el servicio de ginecología y obstetricia. Al día siguiente a las ocho horas comenzaba la revista de sala, en donde tenía asignadas cuatro pacientes a mi cuidado. Eran esas revistas de sala donde el nivel de jerarquía se hacía bastante evidente, participaba todo el personal (jefes del servicio, médicos de planta, enfermeros, residentes, rotantes, etc.), el estigma de ser residente era fatal y peor aún ser un residente de una especialidad afín. Estaba al tanto que en cualquier momento llegaría la interconsulta de la paciente internada el día anterior (aunque más no sea como una mera formalidad), esperaba el cuestionamiento y sabía que tendría que dar explicaciones de mi accionar.

... Pareciera que el frío irrumpió con su presencia de repente, un viento con intenciones de torbellino corrió la capucha del manto verde oscuro que cubría parte del rostro de la hechicera, su cabello se sumó a la corriente de aire. Alto, unas sombras que emulaban extraños pájaros se dirigieron en fuga, lejos del lugar del montículo de piedras sagradas que oficiaba de ara. Sintió como un escalofrío que la embargaba de temor. Como los indicios lo habían señalado, se dejó ver entre las sombras una figura tenebrosa y esbelta. Ella con la mirada firme lo observó acercarse al ara. Lentamente acortó la distancia que lo separaba de la hechicera en un suave andar, tenía esa forma de desplazarse como sino pisara el suelo. Una larga toga negra con detalles en colores fuego o brasa cubrían su figura, estaba enriquecida con labores y dibujos de oro. Sostenía en su mano derecha un bastón de ajena naturaleza que resplandecía.



En ningún momento logró ver su rostro que denotaba una profunda negrura y se escondía tras la vestimenta. No venía solo, a su lado como sombras, se erigían raras criaturas oscuras, de distintos tamaños, pero enigmáticamente ninguna sobrepasaba su proporción. —He venido a reclamar lo que me pertenece, —dijo y el sonido reverberó en un incauto eco—...

En la mitad de la revista de sala, en una habitación de tres camas con sus respectivas pacientes, y con todo el cortejo presente, uno de los médicos de planta tomó la interconsulta que traía la secretaria, la leyó, se rió y dijo:

—¿Qué se creen estos de clínica médica, que hacemos magia?, a la cochería hay que hacerle la interconsulta, encima le han puesto dos unidades de sangre. ¿Quién estaba de guardia ayer?

Toda la sala se silenció de repente. Yo sentía los latidos de mi corazón indicando que se desbocaba en mi tórax.

—Yo, doctor —contesté sin vacilar—. Yo la interné y le indique la transfusión de sangre.

El silencio continuaba en la habitación expectante.

El médico agregó sin ningún pudor y a viva voz:

—La sangre hay que guardarla para las pendejas de dieciséis años que se provocan abortos, no para las moribundas.

Si algún sonido o ruido quedaba en la habitación, se extinguió en ese momento y el silencio se hizo total. Por mi parte no podía creer lo que estaba escuchando, no podía darle crédito a la realidad, básicamente no entendía nada.

Se creó una de esas atmósferas de tensa tranquilidad previa a la tormenta y agregué:

—El criterio que utilicé es el humano, doctor, no el médico, lo haría de nuevo y por cualquiera que estuviera en la misma situación, —contesté firmemente, defendiendo a toda costa mi accionar, como si me estuviera jugando la vida misma—. Además fue rechazado mi pedido de internación de la paciente en este servicio sin autorización de nadie, —agregué para rematar y creo que con furia—.

Casi antes de que terminara mi frase contestó calmado, pero rápidamente:

—Las pacientes con cáncer terminal ginecológico ya no pertenecen a la especialidad y hay que darle cuidados paliativos a otro nivel, ¿qué sabemos nosotros de tratamientos para la anemia o para el dolor oncológico? A esa altura de la enfermedad no hay mucho para hacer.

Y reaccioné como pocas veces lo había logrado hacer antes, diciendo:

—Acompañar al paciente hasta el fin, procurarle una muerte digna, tratar de que sufra lo menos posible, hacerla sentir cómoda y no rechazada, contener a los familiares, —mientras el rostro se me ponía colorado producto de la ira. Los motivos venían a mi mente a raudales—.

En ese momento alguien me sacó del brazo y de la revista, de sala hacia el pasillo, estaba llena de cólera y no podía controlarme, me sentía fuera de mi raciocinio, hasta me embargaron unas ganas terribles de dejarlo todo, no podía tolerar lo que acababa de pasar, era como demasiado para mí. Ahora era mi instructora la que me hablaba, como explicando o murmurando algo, yo ya estaba lejos de allí, escuchaba sin escuchar, aclaraba cosas sin querer, pedía disculpas sin sentirme culpable.

...Un azulado brío afiló el ángulo cerrado de las espinas de los cardos, que recién ahora se hacían



presentes, íntegramente todo se impregnó de un vapor asfixiante y maloliente, las pocas alimañas que permanecían ocultas salieron de la escena. —Esta ánima ha venido a mi encuentro, —contestó la hechicera con voz fuerte, en ningún momento dejó notar el abatimiento que reinaba en su corazón—, y seré yo quien la acompañe en su último tránsito, no más pena ni tortura...

Transcurrió el resto de la mañana como era habitual, como si nada hubiera pasado con la misma cantidad de tareas y responsabilidades, indicaciones farmacológicas, turnos, interconsultas, pedidos de estudios..., pero mi mente estaba como en piloto automático, haciendo el trabajo en forma mecánica. Cuando pude me dirigí sin pensarlo a un lugar solitario del área de servicio del hospital a donde iba cuando estaba harta de la residencia, del hospital, de su personal y por qué no de la medicina también, tranquila me prendí un cigarrillo o quizás dos...

... Sin miedo la hechicera alzó ambos brazos e invocó el conjuro, casi al mismo tiempo el oscuro brujo elevó su báculo y se vio el quebrado resplandor de un furtivo rayo surcar las nubes plomizas. Lentamente cerró los ojos, irrumpió dentro de ella una sensación añorada de certeza que disipaba sus vacilaciones, sus manos se hicieron cada vez más claras, su sombra se agigantó, una dócil brisa elevó algunas hojas secas, estaba haciendo lo correcto, iba a lograr su cometido. Lentamente el poder del brujo se fue desdibujando y sin dejar rastro se escapó sin premura. Lo había vencido, a pesar de ser un aprendiz. Una gran confianza y seguridad del ánimo devenían desde su interior. Acomodó su capucha en su larga cabellera soslayando su alegría. Alargó el brazo como ala, guiando al ánima por el portal abierto...

Dra. Paola Patricia Lombardi



Tercer premio:

Dr. Juan Carlos Reboiras Vallejo

Psiquiatra.

Ciudad de Buenos Aires.

Seudónimo: El Peleida Aquiles

“Secreto profesional”

Había pedido un turno con urgencia, sin embargo, la primera vez que vino a la consulta, no la noté angustiada o triste, sí preocupada y con enojo.

Gloria era una mujer cincuentona, con una tendencia a la obesidad, bajita. Su rostro mostraba una llamativa vivacidad y energía. Había nacido en el sur de Italia y su biotipo confirmaba el lugar de nacimiento. No había restos del origen italiano en su acento.

Su relato no tenía ni pausas, ni dudas, transmitía las certezas propias del que se apoya en creencias inobjetables.

¿Por qué consultaba? Así comenzó su relato:

—Mire doctor, en realidad yo no vengo por mí, vengo por mi marido. Nosotros comenzamos de muy abajo. Como le dije, soy una inmigrante italiana que llegué a la Argentina con mi familia, con una mano atrás y otra adelante. A los 20 años conocí a Francisco, estuvimos dos años de novios y nos casamos. Tuvimos dos hijas, hoy treintañeras, que nos han dado hermosos nietos. Francisco en aquel momento correteaba mercadería que tenía que ver con la electrónica. Es un hombre inteligente y cuando se cansó de depender de otros, decidió armar su propia empresa. Hicimos un galpón, compramos máquinas, yo trabajé como una burra, día y noche, nos endeudamos como nunca imaginamos, pero con el tiempo el esfuerzo dio sus frutos, y hoy tenemos un muy buen pasar ya que la fábrica es prácticamente la única en el país que provee de insumos especiales a algunas empresas importantes. En los últimos años hice cursos de manejo contable, le aclaro que sólo tengo un sexto grado, y hasta hace un mes yo me encargaba de llevar adelante la contabilidad. ¡Hasta hace un mes! Hace un mes Francisco me dijo que ya no necesitaba de mis servicios, que merecía descansar y que había contratado un contador de total confianza para que se ocupara de lo que hasta ese momento estaba a mi cargo. Usted doctor podrá pensar que lo de mi marido fue un acto generoso, que se preocupó por mí y que me sacó de encima una pesada responsabilidad...

Guardé silencio y esperé a que continuara; pensé que buscaba establecer una alianza conmigo, y no era conveniente en aquel momento que cualquier fantasía contaminara la relación.

—Y aquí viene el motivo de mi consulta. Desde hace seis meses que Francisco llega muy tarde a casa; prácticamente no habla conmigo ni con nuestras hijas; no tenemos vida sexual... Antes viajábamos algunos fines de semana a Costa del Este donde tenemos una propiedad, pero eso se terminó. Cuando le pregunto qué es lo que le pasa, se niega a hablar del asunto y me dice que no lo moleste, que tiene mucho trabajo y demasiadas responsabilidades. En fin, todo esto me preocupa porque no sé si mi marido se está volviendo loco o si tiene otra mujer. La cuestión es que hoy no tengo ningún control ni información sobre lo que pasa en la empresa, ni del manejo de los dineros que produce, y que nos pertenece a los dos. Le dije que iba a hacer una consulta con usted para poder entender lo que estaba pasando y que le iba a



pedir un turno para él, por las dudas de que se estuviera volviendo loco. Sí doctor, se lo dije con todas las letras y él me contestó muy suelto de cuerpo que no tenía problemas en venir a verlo. Bueno doctor, eso es todo. Espero que nos pueda ayudar y, especialmente, que lo pueda ayudar a él.

Así se terminó la consulta. Hubiera querido hacer alguna pregunta más, pero Gloria ya se había puesto de pie decidida a retirarse.

Días más tarde Francisco me llamó para confirmar su asistencia a una consulta.

No era la primera vez que atendía a una esposa que concurría por una posible inminente separación después de unos cuantos años de matrimonio; todas ellas mostraban desconcierto, angustia, dolor, profunda tristeza, y también bronca.

Pero Gloria presentó una actitud diferente: su relato era preciso, racional, sereno a pesar de su enojo. ¿Quería saber realmente si su marido estaba loco o había alguna otra razón? Percibí algo especulativo, parecía más preocupada por el bienestar que podía perder que por la ausencia de su compañero. No hubo lágrimas, no hubo lamentos.

Francisco llegó puntualmente a la cita. Su aspecto físico condecía con el de su mujer: gordito, de baja estatura, musculoso, aparentaba los cincuenta y pico de años que llevaba encima. Vestía bien, su traje gris armonizaba perfectamente con su corbata azul y su camisa blanca.

Me contó que se sentía bien y que si había concurrido a la consulta era para darle el gusto a su esposa.

—Le confieso que no creo en la psicología, —me dijo de entrada—. Le aclaro esto porque quiero ser honesto con usted.

Para crear un ambiente cordial y de confianza, lo animé a que me relatara detalles de su actividad, dónde había estudiado y otros datos de su historia que lo hubieran conducido a crear una empresa como la que tenía.

Me respondió amablemente, transmitiendo un sentimiento de orgullo por lo que había hecho en su vida. Finalmente Francisco abordó el tema que más le interesaba:

—Ya le habrá contado Gloria que hace muchos años que estamos juntos, que los dos hemos hecho enormes sacrificios que hoy han dado sus frutos y que tenemos un buen pasar..., qué digo, un excelente pasar. Muy bien..., pero lo que no le debe haber dicho es que me engaña. Sí, doctor, me engaña y desde hace mucho tiempo. No se sorprenda, sé que mi esposa no tiene el tipo de mujer capaz de engañar con otro hombre. No es eso, en realidad, me engaña con su familia. Difícil de entender ¿no? Le explico. Ella llegó a la Argentina del Sur de Italia, con los padres y el hermano. Sobre la vida de ellos en Italia sé poco y nada. Aquí en Argentina no pude nunca saber en qué se ganaban la vida, especialmente el hermano. Gloria tiene una relación muy especial con él. Hablan por teléfono dos o tres veces por día. Parece que él fuera el marido y no yo.

Contó algunas cosas más y quedó en que iba a venir otro día para seguir con su relato, adelantándose que me faltaba conocer lo más importante del asunto.

Francisco había establecido una buena relación terapéutica conmigo, mostrándose abierto a blanquear ya en una primera consulta hechos que a otros pacientes les llevan varios encuentros. Pensé que había logrado vencer su prejuicio sobre la psicología.

Me pareció un hombre inteligente. Lo noté sereno a pesar de la situación de crisis familiar que estaba viviendo. Debo reconocer que me resultaba más simpático que su mujer.

Nos pasa a veces que, por razones conscientemente inexplicables, intuimos que la historia del paciente tiene algo fuera de lo común, que se juegan más cosas que un trastorno mental leve o grave. Intuiciones como éstas atrapan nuestro interés de manera especial. Esperé entonces con curiosidad la



siguiente consulta de Francisco.

Llegó otra vez puntualmente, esta vez llevaba ropa de operario. Me pidió disculpas por venir “desprolijamente vestido”, argumentando que venía directamente de su trabajo.

Se acomodó en la silla y prosiguió con su relato.

—Desde hace tiempo me di cuenta de que me faltaban fuertes sumas de dinero. En la empresa se mueve diariamente mucha plata, la que entra y la que sale. Siempre entra mucha más de la que sale. El control de esa masa de dinero estaba hasta hace un mes en manos de Gloria, pero como usted ya lo sabe, hoy un contador se ha hecho cargo de esa función. Decidí hacer esa movida porque cuando le preguntaba a Gloria por el faltante, me contestaba que eran ideas mías, y lo justificaba con gastos a proveedores que, en realidad, eran inexistentes. Me decidí a conocer la verdad de lo que estaba ocurriendo. Usted ya sabe que soy técnico en electrónica. Armé un aparato que instalé en el teléfono de mi casa. Graba las conversaciones y después yo las escucho. Sospechaba que había alguna tramoya entre Gloria y su familia, especialmente con el hermano.

Hizo una pausa, me miró fijamente, posiblemente esperando algún comentario mío, quizás alguna crítica por haberse atrevido a escudriñar en las conversaciones de su familia.

Lo animé a que continuara, pero debo reconocer que se me pasó por la cabeza que este hombre pudiera ser un delirante con rasgos paranoides y que estuviera inventando un fantaseado complot familiar para despojarlo de su dinero.

—Tengo pruebas de lo que le estoy diciendo, doctor. He grabado algunas conversaciones. Si no me cree, en la próxima consulta se las traigo y las escuchamos.

Se imaginarán que si en las primeras consultas “el caso” había despertado mi curiosidad de manera especial, ahora la curiosidad se había potenciado, más aún, recordando la particular actitud de su mujer cuando vino a verme.

Pensé que en el siguiente encuentro Francisco argumentaría que había perdido los casetes o que los había olvidado, cosa que apoyaría la idea del delirio: la mujer tenía razón, se estaba volviendo loco.

Aquel viernes tenía su turno reservado, y nuevamente llegó a la hora establecida, esta vez prolijamente vestido. Traía un pequeño portafolios, lo apoyó sobre el escritorio, lo abrió y sacó una grabadora y varios casetes.

—Aquí traje lo prometido, si quiere y se puede, los escuchamos. Hice una selección de las conversaciones que podían ser más significativas para que usted arme un panorama de la situación. Después de escucharlas, me dirá si piensa que estoy loco, si invento, o si no cree que esté durmiendo con el enemigo...

Por primera vez Francisco se había “quebrado”: su voz se hizo entrecortada y sus ojos se enrojecieron. Me di cuenta de que sintió vergüenza por su manifestación de debilidad e intentó reponerse rápidamente.

Trataré de reproducir lo fundamental que mi memoria recuerda de alguna de aquellas grabaciones:

—Hola, Tito, soy yo, Gloria. ¿Cómo van las cosas?”.

—¿Qué decís hermanita? Todo bien. Ya tengo la camioneta... una joya. Está como si fuera 0 km. Decime, ¿el boludo de Francisco no se avivará de que le choreaste diez mil verdes?”.

—No Tito, no te preocupes. La que maneja la guita en la empresa soy yo. Entran tantos verdes que diez mil más o menos no se notan. Además, es un gil que lo único que hace es trabajar”.

—Esto lo grabé hace seis o siete meses, —me dijo Francisco—. Hay unas cuantas conversaciones parecidas con mis suegros, pero la mayoría son con el hermano. Les daba dinero para que se compraran



televisores, computadoras, para construir, y hasta para comprar un terreno en un barrio privado. Imagine usted los montos de los que estamos hablando. Hace unos años, cuando ignoraba esto que estaba pasando, hice un seguro de vida a nombre de Gloria por doscientos mil dólares. Fue una época en que no anduve bien de salud y quise protegerla en el caso de que algo me pasara. Entenderá doctor, después de escuchar lo que escuchó, que Gloria no merece un beneficio como ese, así que en cuanto tenga un poco de tiempo lo voy a cancelar. La próxima vez que venga le voy a hacer escuchar una de las últimas conversaciones que grabé.

Recuerdo que luego de esa consulta, Gloria me llamó por teléfono para preguntarme si ya había llegado a algún diagnóstico sobre la salud mental de Francisco:

—Yo creo que se volvió loco doctor. Ya no habla conmigo ni con sus hijas, llega muy tarde, se fue a dormir al escritorio... sería largo de contar. Ya voy a ir por allí a hablar personalmente y decidir qué hacemos. “Decidir qué hacemos”, —me dijo. Gloria había decidido “asociarse” conmigo con algún propósito hasta ese momento inconfesable—.

De una de las últimas grabaciones que trajo Francisco recuerdo algunas cosas que me alarmaron:

“—Hola, Tito, viste lo que me hizo el hijo de puta de Francisco. Puso un contador y me rajó de la empresa. Me dijo que era para que yo descansara, pero me parece que sospecha lo de la guita—”.

“—Entonces no es tan boludo como vos creías Gloria. Me parece que va a haber que hacer algo, porque si el gordo se avivó, perdimos. Mirá que yo necesito dólares porque me metí en aquel negocio que te dije y me están apretando”.

“—Sí, ya sé hermanito. No te preocupes, yo estoy tratando de que el psiquiatra lo declare loco. Pero si eso no llega a funcionar, vos sabés muy bien que hay otros recursos. El problema sería que anulara el seguro de vida a mi nombre. Por ahora dejá todo en mis manos”.

Le advertí a Francisco que esa conversación tenía connotaciones peligrosas para su integridad, y le sugerí que tomara algún recaudo, que se cuidara, que compartiera con otra persona todo lo que me había contado, o que le revelara a su esposa que había grabado las conversaciones, advirtiéndole que si algo le pasaba los directamente involucrados iban a ser ella y su hermano.

Una mañana, sorpresivamente llegó Gloria a la consulta, exigiéndome que le diera el diagnóstico de Francisco, ya que estaba segura de que estaba loco, que no podía seguir viviendo de esa manera con él (lloraba desconsoladamente) y que si ya le daba el certificado para llevarse a un abogado le resolvía el problema más grande de su vida.

Por supuesto que me negué, respondiendo serenamente que su marido no estaba loco y que tal vez, de acuerdo con lo que ella y Francisco me habían contado, la cuestión era resolver situaciones familiares conflictivas.

Se puso seria, su rostro mostró preocupación, preguntándome inmediatamente y alzando la voz, si Francisco me había contado “algo”.

Le dije que no sabía qué quería decir con ese “algo”. No respondió, y como en nuestro primer y único encuentro se puso de pie y se marchó.

Francisco decidió continuar las consultas conmigo. Había construido un buen feeling y seguramente encontró un espacio y un tiempo para poder compartir sus preocupaciones y tener un referente objetivo que le permitiera entender qué estaba pasando a su alrededor.



La última grabación que me trajo tenía que ver con la visita inesperada que me hizo Gloria.

“—Tito, malas noticias. El psiquiatra no cree que el gordo esté loco. Me mandé una actuación dramática para presionarlo, pero no hubo caso. Tenemos que pensar en el plan B, y rápidamente, porque no me extrañaría que si sospecha algo va a cancelar el seguro de vida”.

“—OK hermanita, ahora sí deja todo en mis manos. Ya sabés que tengo alguna experiencia en el asunto”.

Es increíble la capacidad de negación que puede tener a veces una persona en situaciones de peligro. Creo también que Francisco, al darse cuenta de que la persona que más amó era capaz de ser cómplice de su muerte, ya no le encontraba sentido a seguir viviendo. A pesar de querer a sus hijas y a sus nietos, confesaba tener un profundo y abismal sentimiento de soledad.

Le advertí a Francisco que se cuidara, que se decidiera finalmente a denunciar las conversaciones a la policía o a sus hijas. Que todo hacía pensar que corría peligro su vida.

Me contestó que no creía que su mujer o su cuñado fueran capaces de matarlo; —sí de estafarme, pero no de matarme. Y si quisieran matarme, tengo que decirle doctor, que me he mandado unas jugadas inesperadas para ellos. En primer lugar, he anulado el seguro de vida a nombre de mi esposa (por supuesto que no lo sabe), en segundo lugar, he abierto una cuenta en Suiza con casi todo mi patrimonio, con un código secreto beneficiando a mis nietos cuando sean mayores de edad. Todo ha quedado en manos de mi escribano que sólo lo revelará cuando mis nietos, como le digo, sean mayores de edad. Y por último, he delegado en mi socio todo el poder de la empresa en el caso de que yo falleciera; él tendría el poder de hacer y deshacer según sus criterios excluyendo a mi esposa por completo.

Solamente un colega podrá entender lo que sentí después de esa consulta. ¿Qué hacer? ¿Qué me era posible hacer respetando al paciente, respetando el secreto profesional? Estaba convencido de que se encontraba en un peligro real y de que los tiempos apremiaban. Mi angustia era mayor, no podía dormir buscando alguna solución.

Pedí consejo a colegas amigos. Con la mejor disposición, algunos me sugirieron soluciones, otros me dijeron que posiblemente la cosa no sería tan grave y que yo veía una posible tragedia donde no la había.

Decidí entonces que en las siguientes consultas pondría toda mi energía en argumentos que convencieran a Francisco de que debía pedir ayuda, y que si no aceptaba, llegaría a amenazarlo con no respetar el secreto profesional: hablaría con sus hijas y les contaría lo que estaba pasando.

Quedamos en vernos la semana siguiente. Francisco era un hombre cumplidor, pero a esa sesión no concurrí, y lo más extraño fue que no me avisó que no iba a venir.

Esperé un par de días con la expectativa de que me llamara para decirme porque había faltado, pero no lo hizo.

Ante ese silencio telefoneé a su celular, pero nadie contestó. Decidí llamar a la casa y me atendió una señora del servicio. Llorando me informó que el señor Francisco había tenido un accidente y había fallecido.

Le pregunté, tratando de disimular mi sorpresa y mi angustia, si me podía decir cómo había sido. Me contó que la señora Gloria le había dicho que en la noche de ese miércoles, cuando se estaba retirando de su oficina en el tercer piso, salió al balcón, seguramente para regar algunas plantas “que él quería



tanto”, y cayó al vacío. No se entiende qué pudo haber pasado, si sufría de vértigo y por eso era muy cuidadoso. Murió en la ambulancia, camino al hospital.

Un mes más tarde, la viuda pidió venir a verme.

—Doctor, usted ha sido para Francisco casi como un amigo. Me contaba lo bien que se sentía viniendo aquí. Seguramente ha sido su confidente, y le agradezco doctor, porque le dio un poco de bienestar. ¡No sabe cuánto lo extraño! Quería hablar con usted para que ahora que él no está más entre nosotros (llorando), y ya que usted no está comprometido con el secreto profesional, me cuente de qué cosas hablaba con mi querido esposo. No sé si estaba loco, pero algo le debe haber pasado para dejarnos (interesante lapsus), digo, dejarme, prácticamente en la calle. Quizás era jugador o tenía otras mujeres. A lo mejor usted podría ayudarme con alguna información.

Por supuesto que mi respuesta fue el silencio.

Hoy me pregunto si no debería haber intervenido más enérgicamente para obligar a Francisco a confesar la existencia de ese complot. Si el respeto al secreto profesional, le costó la vida a mi paciente. Porque estoy convencido de que su muerte no fue un accidente, fue un crimen, pero yo no tengo forma de probarlo.

No obstante, no hubiera podido quedarme tranquilo si no hacía algo para que los posibles culpables fueran castigados.

Las cintas que aún están en el teléfono de su casa y que grabaron las últimas conversaciones de Gloria y su hermano a la brevedad estarán en manos de investigadores.

En noches de insomnio, espero ansiosamente que se descubra la verdad.

Dr. Juan Carlos Reboiras Vallejo



1ra. Mención:

Dr. Arturo Eduardo Agüero

Psiquiatra.

Ciudad de Buenos Aires.

Seudónimo: Curapaligüe

“La sala de diálisis”

Cuando me encuentro con la invitación para relatar “historias en el ejercicio de la profesión” y “escribir sobre la propia experiencia”, una lluvia de recuerdos me invade y giro sobre ellos. Son imágenes de un ayer que me tocó vivir y que me unen con fuertes lazos no solo a la medicina, sino a un tiempo de gran emotividad. Nunca podría haber imaginado que surgiría del mismo ejercicio profesional. Muchos años han pasado desde entonces, la sala de diálisis donde encaminé mi profesión ha cambiado para siempre de lugar y el tiempo ha dispersado las vidas de mis compañeros tanto como la mía. Esto me anima a volcar estos relatos que entonces no hubiera podido hacerlo.

Si bien siempre escribí como todos los médicos historias clínicas, nunca un libro ni un cuento. Veniendo cierto antiguo pudor y una nostalgia en la que aún me mantengo y no logro definir, voy a sacar a la luz esos recuerdos, aún cuando guarde el temor que una inevitable angustia desordene estas páginas y las transforme en algo poco legible.

Un lunes de septiembre, cuando apresuraba los pasos para salir de mi departamento me decía que esa prisa de tantas mañanas debía calmarla. No podía salir tan apresurado, era necesario entrar más tranquilo y sereno a la sala de diálisis.

Mientras aguardaba el bus para el sanatorio, recordaba mentalmente a mis pacientes del primer turno de diálisis de ese lunes: “hoy tengo a Elena, Beatriz, Rodolfo, Enzo, Haydee, Jorge Luis, Bartolomé... en fin, creo que después podré salir para el consultorio del Ministerio”.

Miro el reloj y veo que las agujas habían dejado recién las 7.00, entonces para hacer más rápido bajé una vez más por escaleras los pisos hasta la sala de diálisis y me dirigí al vestuario.

Mario, el Jefe de Clínicas estaba cambiándose y sin reproches me dice:

—Walter, ¿vos estás en el sector B?

—Sí, ¿qué pasó?

—Tenés una paciente nueva; el fin de semana se descompensó. Atendela primero porque está muy nerviosa... angustiada; se llama Vivian R. L., la historia está sobre mi escritorio..., otra cosa...: le explicamos que la diálisis era ‘por ahora’..., eso le dijimos porque estaba descompensada y en una crisis nerviosa. Pero su insuficiencia renal terminal dice que la diálisis es definitiva. Después que la veas le damos ingreso al plan de trasplante.

Mientras leía la historia me preguntaba: “¿otra vez tengo que decirle a un paciente que la diálisis la tiene para siempre?”. Al tiempo que esos pensamientos me acompañaban, mis pasos me iban llevando de manera automática al sector B. Allí saludo a Bruno y a Luis, dos compañeros; finalmente entro y me recibe Marga la enfermera señalándome el sillón donde una muchacha pálida, inquieta y movediza, estaba conectada a la máquina de diálisis hacía más de una hora. Me dirijo hacia ella, me presento como su



médico de cabecera y un alud de preguntas, exclamaciones y reproches me envolvieron. Esto era común en los pacientes que recién ingresaban a la diálisis. Me decía que ella estaba bien, que de golpe comenzó a hincharse y que entonces le dijeron que sus riñones no funcionaban bien, que quería saber por qué era y finalmente que esto se tenía que solucionar porque ella no podía venir, como le dijeron tres veces por semana y cuatro horas, tenía muchas ocupaciones, era docente hija única y debía ayudar a sus padres y un sinfín de problemas que yo escuché atentamente.

No sabía cómo salir 'ileso' de esta situación y de sus preguntas; recuerdo que le dije que iba a estudiar bien su caso, informándole de todo lo que surgiera, etc. Tenía que ganar tiempo, porque los compañeros de Vivian, en charlas con ella, harían mucho para 'orientarla' de a poco al contarle sus propias experiencias, aconsejándola. Siempre ocurría esto: la nueva paciente recibía de ellos una información adicional que completaba algunas explicaciones informativas sobre el tratamiento. Creo que por esta razón luego de las primeras semanas, Vivian no insistió más en que debía dejar las diálisis.

Vivian seguía molesta y no satisfecha del todo con mis respuestas. En un momento me dice:

—Veo que usted es muy joven. ¿Hace mucho que está acá?

Hice un gesto afirmativo y le agregué con ironía:

—Sí, puede ser que sea joven, pero hay gente de más edad en este Servicio. Si usted quiere llamo al Jefe, que acaba de ser abuelo por segunda vez.

Esto le causó mucha gracia, sonrió y toda la tensión inicial se fue diluyendo. Desde ese momento en cuanto a mi accionar como profesional no recuerdo que haya surgido de Vivian ningún cuestionamiento importante.

La concurrencia de los pacientes tres veces a la semana durante cuatro o cinco horas, mes a mes y años también, convierte la Sala de Diálisis en un tratamiento clínico diferente, porque pacientes y médicos extienden con frecuencia comentarios y vivencias más allá de lo estrictamente profesional. Algunos pacientes prefieren dormir, otros leer, otros estar despiertos y atentos a la máquina y a su entorno. En esta última situación estaba Vivian: siempre despierta y atenta a todo. De una fina sensibilidad y aguda inteligencia, se interesaba no sólo por su tratamiento, sino por el de los demás compañeros de su turno; al menos por los que estaban más cerca. Fue también recogiendo de a poco y en todo un largo tiempo muchos datos personales míos y de otros pacientes. Supo así que cumplía años el mismo día que ella, aunque en septiembre, ella en noviembre. Yo le llevaba dos años y otros datos sobre mi familia: la muerte de mis padres, mis tres hermanos, mi viaje a Buenos Aires y el departamento que compartía con una prima hermana mayor. En casi todos los sectores de la sala de diálisis ocurría lo mismo; no sólo con el médico de cabecera, sino con el personal. El sector de ella estaba asignado a Marga, una enfermera y a José, supervisor general, también enfermero. Vivian era hija única y vivía con sus padres. La madre la acompañaba invariablemente a todas las diálisis, permaneciendo sentada en la sala de espera todo el tiempo. Los padres de Vivian eran personas un tanto mayores para la edad de Vivian. No tenía familiares cercanos; ningún primo, sólo un tío. Por ello la posibilidad de un trasplante con donante del medio familiar estaba casi descartada.

Todo un largo tiempo se inicia aquí muy extenso relatar. Tiempo de charlas breves y comentarios que giraban por lo general acerca de las diálisis, de ciertas complicaciones y de los trasplantes. Los pacientes se iban informando e ilustrando en estos temas y pedían información. Tiempo de llamados y alertas para trasplantes, de saludos y deseos para las navidades y para fin de año, de regalos de cumpleaños, tiempo cuando nos dejaron para siempre algunos pacientes a los que nos veíamos ligados por lazos afectivos. Toda una vida complementaria y paralela a las horas de diálisis.



Luego de dos años yo seguía asistiendo al sector “B”, con pocos cambios: los mismos pacientes de entonces con Vivian, un paciente fallecido, otro trasplantado y solo dos nuevos pacientes.

Si alguna mañana no podía concurrir, otro colega me reemplazaba, pero Vivian me lo hacía saber con un:

—Lo esperaba, usted sabe que lo espero.

Si bien mi actuación profesional se iba afianzando cada vez más en el campo de las diálisis, ya había comenzado a incursionar en el estudio de los trasplantes que el servicio estaba desarrollando con intensidad y junto a ello el estudio de la histocompatibilidad.

Al llegar Vivian cerca del final de su tercer año, un poco antes de finalizar la diálisis de ese día, me cuenta que con otros pacientes estaba organizando una Fundación, para favorecer el conocimiento y la difusión de los trasplantes. Me agrega que van a establecer contacto con otros centros de diálisis y a informarse sobre la necesidad de activar en todo el país el tema de los trasplantes para concienciar e informar. Le dije que me parecía muy bueno y que era útil y necesario. A continuación me agrega que quería invitarme a participar en esas reuniones, porque la presencia de un médico sería de gran utilidad para el asesoramiento.

Le dije a Vivian que me dejara pensarlo; pero ella ya había hablado a otros pacientes que hacía tiempo me conocían y de los que yo sabía sus desventuras en las diálisis y los trasplantes no exitosos de algunos de ellos y entre todos me decidieron a que concurren a esas reuniones, las que se habían iniciado poco tiempo atrás. La Fundación ya tenía nombre: “Ignacio”, un paciente trasplantado que había fallecido; una historia de un muchacho ejemplar que ayudó a su padre, que padecía la misma enfermedad renal que él y a una hermana, también con igual problema. Ignacio era un héroe anónimo que cuidó de sus dos familiares hasta donde pudo y esa Fundación lo recordaba con profunda devoción.

Las reuniones se hacían los fines de semana, generalmente los sábados por la tarde durante dos horas. Yo ya había asistido a dos reuniones anteriores y había dado mis opiniones en la parte profesional sobre ciertos temas que les preocupaban, como por ejemplo la donación de órganos, los familiares donantes, etc. Podría decir ahora que era uno más de los integrantes. No puedo negar que mi presencia favoreció también el vínculo a veces dificultoso entre pacientes y profesionales.

Voy a relatar mi tercera reunión que la Fundación hizo por primera vez en casa de Vivian.

Regresaba luego de una pequeña intervención quirúrgica, su presidente, un paciente llamado Darío. Cuando faltaba media hora para terminar, toma la palabra Darío quien alerta al grupo sobre la necesidad de activar de cualquier forma las donaciones:

—Frente a la demora y actitud pasiva de los profesionales, a los que él sabía “indolentes” y a quienes “no les interesaba” el tema de los trasplantes, porque perderían pacientes de diálisis.

Hasta ese momento yo no había participado, pero esta observación injusta e insostenible, decidió mi intervención. Le dije que no era así y que él ignoraba que todo el equipo de ese centro de diálisis era pionero en los trasplantes, justamente se llamaba Centro de Nefrología y Trasplantes porque los integrantes estábamos abocados de pleno al tema de los trasplantes tratando de implementar esto en hospitales y sanatorios, trabajando con el centro nacional de trasplantes y buscando así realizar la mayor cantidad de trasplantes, pero no a cualquier precio, ya que debía haber una buena histocompatibilidad.

Darío me respondió con terquedad, que a él no le constaba esto, justo en el tiempo en que Vivian daba por terminada la reunión. Mientras todos salían yo me detuve frente a la puerta cerca de Vivian, la tomé de un brazo para que no se fuera detrás del grupo y decirle entonces que si la Fundación estaba de acuerdo con la postura de Darío yo consideraba que me debía retirar de la fundación definitivamente.

Pero apenas la tomo del brazo me dice:



—Doctor, tiene la mano puesta en mi fístula. ¿Se olvidó que usted mismo me pidió que la cuidara?

—Discúlpeme Vivian, discúlpeme; pero la conversación me perturbó profundamente y no puedo permitir esa acusación al servicio y a nuestra actividad. Es infundada e injusta. Esto me distrajo y no me di cuenta, por favor discúlpeme.

Yo mismo pocos días atrás había indicado a cirugía hacer una fístula nueva en el otro brazo de Vivian para prevenir cualquier dificultad con la que estaba activa para las diálisis.

Vivian agrega: —Lo sé, pero usted doctor tiene que cuidarme. —Y en voz más baja—: tenés que cuidarme.

Cuando pronuncia ‘tenés’, sentí dentro mío llamaradas de calor. Vivian se dio cuenta y me dijo que todo estaba bien, que no me sonrojara y que ella creía en mí. Finalmente agrega:

—Ahora el médico le da un beso de despedida a la paciente como forma de pagar por ese error.

Cuando acerqué mis labios a sus mejillas, Vivian gira su rostro, su cuerpo y sus labios quedan frente a mí. Entonces sucedió lo que no imaginé: la besé, no pude dejar de hacerlo.

Muchas lágrimas cayeron entonces de sus ojos, me vi tomado por una vergüenza y una culpa inexplicables, pero también una sensación intensa de cariño se apoderó de mí. Fue un momento increíble, inesperado y también hermoso.

Vivian agrega tranquilizándome que todo estaba bien con ella y que no tenía que preocuparme. Antes de ir hacia el ascensor me dice:

—¿Sabés qué pasó? Éramos una paciente y un médico; ahora somos dos seres sin la enfermedad de por medio: se fueron la enferma y el médico. Quedamos una mujer y un hombre.

Esta explicación cálida y elemental me alivió.

Debíamos salir y lo hicimos. En la calle nos dispersamos y comencé a caminar sin saber bien a donde iba. En mi interior se había desatado un debate entre el deber, mi actividad profesional y mis sentimientos.

Cuando el lunes regreso a la sala de diálisis, en un momento cuando no había nadie, le digo que tengo que hablar con ella mientras en una hoja le escribo mi teléfono particular para que llamara. Vivian con su mano libre dibuja un corazón y pone sobre mi número: “el amor”.

Por la tarde recibo su llamado y allí concordamos un encuentro. Fue en su departamento donde los padres me recibieron cordialmente. En su habitación nos abrazamos y también hablamos mucho.

Vivian me pidió que mantuviéramos en secreto nuestra relación hasta que ella fuera “una mujer libre” de la máquina de diálisis, del riñón artificial y de todo lo que le impedía verse plena. Yo la acompañé en esta decisión.

Pero decidí mi cambio de sector, para que Vivian tuviera otro médico y no perder objetividad en cuanto a sus tratamientos. Argumenté entonces que estaba en un sector con pocos pacientes en posibilidad de trasplante y que buscaba dedicarme más al estudio de la histocompatibilidad. Bruno vino al sector B y yo al de él. Solo a Bruno le hablé de mi relación con Vivian y prometió guardar silencio.

Dos años y medio pasaron de esta forma por mi vida. Dos años de intensa felicidad. La felicidad de tenerla, de abrazarla, de escucharla y de sentir la luz que Vivian irradiaba de su alma. También yo me sentía transformado en mi actuación profesional. Había dejado mi prisa y me sentía más pleno y entregado a la atención de los pacientes en diálisis. Los hacía sonreír frente a las dificultades. Esto era obra de Vivian y de mi relación con ella. Nos veíamos por la tarde fuera de los días de diálisis: los martes, algunos jueves y todos los sábados y parte del domingo.

Si yo le indicaba cómo cuidar de sus fístulas, sus comidas, sus bebidas, etc., ella me aportaba la parte emocional, la claridad de su espíritu. Ella iluminaba los caminos de la vida, aún cuando la oscuridad



no dejara verlos. Vivian podía ver en la niebla del alma y me mostraba no sólo su exquisita sensibilidad, sino su capacidad para descubrir lo desconocido.

Pero ella guardaba algo con firmeza: su decisión de trasplantarse. También yo, pero no como ella. Eran tiempos difíciles para donantes vivos y la histocompatibilidad debía ser bastante completa. Tal vez un donante ‘cadavérico’ o p. m. (post mórtem) como le llamamos.

Un día Mario le dice a Vivian que había un ingreso de un riñón cadavérico o p. m. Él le había prometido a Vivian que le iba a decir siempre que tuviera alguna histocompatibilidad. Cuando le insinuó esta posibilidad, ella se tomó de ello y comenzó a apremiarlo. Mario en un comienzo se negó porque la histocompatibilidad no era la más adecuada, pero Vivian recurrió al mismo ardid o argumento que había utilizado Darío aquel sábado por la tarde en casa de Vivian: no solo él y el servicio le negaban la posibilidad de vivir una vida digna, sino que ella hasta podía suponer un mantenimiento de los pacientes en diálisis para no trasplantarlos. Inconcebible y absurdo, pero efectivo. Mario no soportó esta acusación y poco a poco fue cediendo a la presión por lo que luego de algunas consultas entre los integrantes del equipo de trasplantes accedió a los reclamos de Vivian. Todavía yo no había ingresado de pleno al equipo de trasplantes. Debía dar algunos exámenes para esto. Bruno, se acercó y me pregunta:

—¿Vos qué opinás?

—Es difícil, —le dije—, pero ella tiene que decidir sobre ella; yo no estaba muy de acuerdo y ya había hablado mucho con ella de este trasplante.

Vivian se impuso sobre el equipo que solo atinó a hacerle firmar que todas las complicaciones y cualquier desajuste estaba bajo su responsabilidad. Vivian lo aceptó. De esta forma se hizo el trasplante.

Los días que vinieron después fueron ciertamente amargos. De una inquietud y una amargura sin descanso, sin paz. Yo no podía presentarme todavía, pero iba a verla. Iba a charlar sin poder acariciarla ni besarla. Vivian me sonreía y me esperaba. —Te esperaba, —me decía—. Siempre te espero.

A Mario y al equipo de trasplantes les dije que venía en nombre del padre de Vivian al que me unía un vínculo familiar.

Las complicaciones fueron muchas y el tratamiento para ellas poco útil. Infecciones, gangrenas, tratamientos intensivos y un despeñadero de complicaciones que llevó a Vivian, a una Vivian inmunosuprimida, a mi Vivian, a decirle adiós a su vida.

En la tarde de un agosto sin sol, su sonrisa se apagó para siempre.

El día anterior, yo no había podido entrar a verla. Cuando llegué a terapia y acerqué mis pasos, un presentimiento me detuvo en el ingreso. Un colega escribiendo sin darse vuelta, al pronunciar su nombre me dijo:

—Obitó esta madrugada.

Sentí que un dolor atroz se llevaba mi vida y toda mi alegría. Solamente Bruno de mi servicio me llamó aparte y mientras ponía sus manos en mi hombro me dijo:

—Lo siento hermano y mucho. —Lo abracé y lloré—.

Pedí licencia aduciendo exámenes, pero sentí que no podía seguir en la sala de diálisis y decidí volcarme a los trasplantes. Buscaba ahondar al máximo el estudio de la histocompatibilidad para que nunca nadie pasara por lo que yo mismo había pasado.

En el servicio éramos pioneros en los trasplantes. Así con Valentín K. un par de años después, fuimos enviados a Nueva York a un Congreso Internacional de Trasplantes. Allí presentamos tres trabajos, yo debía leer uno al que había dedicado mucho tiempo y esfuerzo: “Contraindicaciones absolutas y relativas para el trasplante de órganos”. En un auditorio colmado, comienzo a leer el título y ya con las primeras palabras un dolor agudo en el pecho y un deseo incontenible de llorar detienen mi lectura. Pido



disculpas, diciéndole a Valentín que lo lea, explicándole en voz baja que me sentía descompuesto. Entonces él leyó el trabajo. Mirando al auditorio me parecía ver a Vivian en los rostros de algunas mujeres. Es una locura, me dije. No estoy bien.

Así este congreso fue el último que hice en el campo de los trasplantes, del que también me alejé.

No pude dejar la medicina. No me fue posible hacerlo del todo porque ella me dio la cara y cruz de un largo tiempo de mi vida. Al entregarme a ella recogí la 'cruz' o 'seca' de un dolor, de una tristeza y del desgarró más hondo que deja la pérdida del ser que uno amó profundamente.

Pero por otro lado, la profesión me dio también la 'cara' del amor más profundo, más dulce y maravilloso que tuve en mi vida. Quiero quedarme con esto ahora. Cara y cruz: dos sentidos opuestos que aparecen unidos en mi profesión. Imposible separarlos.

Cara y cruz que se juntan en este escrito que dejo ahora sin el temor y la vergüenza de ese tiempo; sin el reproche interior que en ese ayer me acosaba. Si hoy viviera ese tiempo, lo haría todo más fácil. Lo sé. Lo sé bien porque ella me enseñó a sonreír y a vivir; a mostrar que cuando uno hace lo que siente movido por su corazón, no debe sonrojarse, debe seguir avanzando y defenderlo. Ella me enseñó a sonreír a pesar del infortunio, a pesar del dolor, a pesar de la impotencia. También me enseñó a esperar. —Te espero, —me decía—. Siempre te espero.

Como yo ahora, porque no puedo negar que sigo esperándola. Te espero Vivian. Te esperaré... siempre...

Dr. Arturo Eduardo Agüero



2da. Mención:

Dra.. Violeta Cecilia Cribari

Psiquiatra.

Neuquén, Pcia. de Neuquén.

Seudónimo: Nemesia

“Lucky Stryke”

—Ayer por la mañana te buscaron, Luis. Le dijimos que no habías venido. El paraguayito quería verte, se lo veía mal, muy mal, pero no quiso que lo atendiéramos.

En la voz del médico joven, el Dr. Luis Montoya intuyó lo aciago del día.

—Volverá, hay que ajustarle la dosis. El mes pasado no vino a control, estaba pensando en mandar a buscarlo.

—No doctor, no volverá —interrumpió Mercedes sin mirarlo, señalando con la cabeza hacia el lugar más solo y más sombrío del hospital. Hacía años que Mercedes conocía al Dr. Luis Montoya, trabajaba con él desde que se habían recibido, hoy iba a ser mejor dejarlo solo—. Anoche lo trajeron a la guardia; no salió. Demasiado tarde pobre pibe.

—A usted sí que lo quería Dr. Montoya.

Luis dejó las historias sobre el escritorio y se sentó. Desde allí miró el parque prolijo, la casa del director, la guardería para el personal, la morgue, y a continuación, sin más separación que un alambrado, la villa; solamente un alambrado, pero parecía un abismo.

Un dolor frío le subió por la espina y se le instaló entre las cejas. Pidió un café, pero esa mañana nadie había preparado café.

A los oídos de Luis, o a la cabeza, volvía la voz clara de Roberto Duarte, la tonadita cantarina de los guaraníes, la manera de tratarlo de vos, “a vos te creo che”, “mi doctor sos vos”, “vos me vas a curar”. Lo tuteaba con respeto, casi con devoción. Cuando llegó al hospital, hacía dos años, tendría unos diez años, el pelo desteñido y los ojos verdes de mestizo, lo habían traído del Paraguay, solo, con una tía que no era tía, pero él la llamaba así.

—¿Cuánto hace que no te sentís bien?

—No me acuerdo, creo que hace mucho, de cuando mi papá se fue a la selva y no volvía y yo lo fui a buscar. Ahí vino la tormenta y la crecida. Él no volvió; de ahí quedé cansado y con chucho, creo.

—¿Y tu mamá?

—Ella no está, se mató, se mató sola, con una soga. Somos diez nosotros, y la abuela.

—¿Fuiste a ver al médico allá?

—Cuando era chico capaz, después no, no había médico, ni hospital ni nada. A la salita la cerraron, dicen que por las víboras, no sé. La tía me trajo para acá, quedó viuda la tía, para que le ayudara o para mandarme al colegio, no sé.

La fatiga le interrumpía la voz y el médico no preguntó más. Apoyó el estetoscopio en su pecho y se asustó, era una locomotora sin destino, apurada por llegar quién sabe adónde.

—Bueno, descansá, no hables más —y lo arropó como hacía con sus hijas.



En la sala de pediatría el dolor y la risa convivían sin prejuicios.

—Mire doctor, yo así no lo puedo tener, yo lo traje para que aprenda algo, no sabía que estaba enfermo, mire qué responsabilidad. La abuela bien calladita que se quedó, pero yo me arriesgué por él, y el gasto, si hasta de contrabando entró, no lo comente, pero es así

—¿Usted es el único familiar que tiene acá?

—Y, sí, pero así no, no lo quiero. Yo soy viuda, tengo que atender mi negocio, necesito una persona joven para entrar los cajones de la bebida...

Un viento helado sacudió los vitrales del pasillo. El paraguayito dormía, un poco más tranquilo

Nadie quiso avisar al juez. Sin documentos, sin familia, sin futuro, Roberto Duarte se instaló en la sala y pasó varios meses allí.

Iba todos los días al salón de juegos, y la maestra destinada al Hospital, logró que de un “Roberto” destartalado y la fecha, pasara a escribir “Vamos a jugar al fútbol”, “Hoy vino mi tía”, o un “Dr. Luis”, en letra de imprenta, atado a la cola de un barrilete hecho de papel de diario.

Luis le llevaba Billiken, libros de lectura, que la hija mayor de la misma edad, había usado en años anteriores, y estampillas para coleccionar. Un día la nena le mandó unos lápices de colores en una cartuchera nueva, pero no reparó en el sexo y él terminó escondiéndola debajo de la almohada para que no le vieran las mariposas de la tapa.

—Es para chicas, Dr. Luis, pero igual me la quedo; ah, ¿no podrá conseguirme una estampilla de Paraguay?

Roberto escribía cartas, que nadie mandaba, en las órdenes vencidas de laboratorio, en los recetarios de propaganda y hasta en las tapas de las historias clínicas que quedaban en las mesadas del office de enfermería. Allí comía con ellas y las ayudaba a acomodar jeringas y preparar las bandejas para los controles de cada cama, repartiendo las viandas de cada uno,

—A éste la hiposódica, dieta blanda para la ocho, más carne para mí.

Se fue vistiendo con el pijama del ex marido de la jefa que había sido petiso, las Skypí para no andar descalzo, y el peine y el espejo que se había olvidado el chico de al lado cuando le dieron el alta. Todos los días miraba el reloj que Luis le había regalado para su posible cumpleaños de once, y se medía en la balanza de la sala anotando la fecha.

—Dr. Luis, vos me tenés que ayudar, me tenés que dejar salir, yo quiero ir a ver a mis hermanos —dijo después de un tiempo.

—¿A Paraguay? ¿Y te quedás allá? No, no podés hacer eso, vos sabés que allá no tenés médico, no...

—Pero yo no me quiero quedar allá, vos me dejás ir por unos días, como los chicos de la diálisis, ¿viste? Y yo voy, me saco la foto y me vuelvo.

—¿Qué foto Roberto?

—La foto, con mis hermanos, no tengo una foto, mi abuela no sabe, ni escribir sabe. Yo la quiero para acá, ¿ve?, la cuelgo de este clavito y los veo desde la cama, ¿ve?

El Dr. Montoya cedió. Citaron a la tía, que venía a veces, se hicieron los trámites y al fin el paraguayito viajó, con un bolso lleno de medicamentos y la máquina de fotos.

Cuando volvió de Paraguay, la enfermedad estaba mostrando sus dientes. Le prestó la foto a las enfermeras para que la vieran en los otros pisos y se acostó varios días para reponerse del esfuerzo. Al Dr. Luis le trajo una carpetita de ñandutí que había tejido la abuela.

Le dieron el alta. Volvió al kiosco, al barrio y al basurero de al lado, donde pasaba las siestas con los cirujas. Venía a los controles cada tanto, principalmente para hablar con el Dr. Montoya, que aprovecha-



ba para sermonearlo un poco.

—Cuidate Roberto, no andés con la basura, sos grande m'hijo ya.

—Sí, sí yo me cuido, es que le ayudo al Chucho a juntar. Él me enseña las tablas, voy a dar libre, sabe, ya me anoté en la nocturna para el año que viene.

—¿Quién es el Chucho, Roberto?

—El linyera, vio, es muy leído, tiene muchos libros, libro que ve, libro que se lleva a la casilla y cuando sale de vacaciones, como dice él, se los lleva para que no le roben.

En una de esas visitas apareció el paraguayito con un paquete de regalo para Luis.

—Tomá, parece nuevo, pero no es, lo encontré por ahí.

Era un encendedor Luky Strike, casi sin uso, resplandeciente, con sus letras rojas.

—“Golpe de suerte”, eso quiere decir, Roberto, “golpe de suerte”.

—Yo qué sé. Bueno que te traiga suerte entonces. —Y Roberto le dio a Luis un apretón de manos, a lo hombre.

El salón de actos del colegio estaba iluminado, guirnaldas con carteles de despedida en castellano y en inglés cruzaban el escenario. En el sector de privilegio, asientos preparados para los padres y los egresados de séptimo grado. Los abanderados entregaron las dos banderas a sus sucesores, el Himno Nacional, la palabra futuro en todos los discursos, el reparto de diplomas, todo salió perfecto. Luis abrió los brazos emocionado para recibir a la hija que terminaba la escuela primaria. Había que festejar, estaba tranquilo, no iría al hospital esa mañana, había avisado. Salieron a comer, pasaron por la puerta del secundario que habían elegido, hicieron planes y se durmieron bajo un cielo tranquilo de diciembre.

A la mañana siguiente, al llegar al hospital, la noticia se le clavó en la frente, como un estilete. No pudo quedarse, colgó el guardapolvo y salió, subió a su automóvil, abrió la guantera y hurgueteó como quien manotea un salvavidas. En el fondo, con el papel de regalo arrugado, dormía el paquetito.

—Golpe de suerte, —dijo, y apretó fuerte el encendedor.

Dra.. Violeta Cecilia Cribari

